

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN GLOBOS AEROSTATICOS

TODO vuelve a empezar. Eso nos decíamos al ver el cielo tachonado de globos aerostáticos. Dos siglos después vuelven a aparecer estas aéreas naves. Fueron, en su tiempo, uno de los medios empleados por el hombre para evadirse de la tierra. Quién no ha leído a Julio Verne, sus «Seis semanas en globo», quién no recuerda a los hermanos Montgolfier, que durante el reinado de Luis XVI lanzaron su primer globo aerostático, que recibió el nombre de «Montgolfier». En uno de esos primeros globos se pusieron animales y entre éstos el famoso cordero que, después de pasear por el cielo, al volver a tierra vivo, se destina al Triánón, obsequiado a María Antonieta, que lo recibió en su aprisco con la alegría de una pastorcita.

Estos globos, como las naves de vela, se mueven al impulso del viento. Es el viento el que los lleva. No se les puede dirigir, encaminar en determinada dirección. Los aviadores que suben a ellos se enloquecen, mueven las manos, buscan timones, no pueden dirigirlos. La sensación angustiosa de estar a merced del viento que puede impulsar el globo hacia el mar, donde el pasajero o pasajeros se perderían. En cuanto a la ascensión o descenso, depende también del aire. El aire calien-

te, ahora se usa propano, lo hace subir, pero basta dejar escapar este aire cálido, para que el globo busque la tierra, descendiendo rápidamente.

Ahora es un deporte que apasiona a muchos. La técnica a su servicio facilita lo que antes implicaba el uso de materiales menos apropiados. No se usan los famosos sacos de arena que se empleaban en las primitivas épocas de estos vuelos en globo, y la góndola es de aluminio y fibra de vidrio. El problema por resolver, y estamos seguros que se resolverá, es la forma, la manera, el sistema de guiarlo, de no dejarlo al capricho del viento, como ocurre, a efecto de que no caigan donde menos se espera, pues, en este caso, ya podrían servir de medios de comunicación, tal y como ocurre con los helicópteros.

Un deporte podríamos decir ancestral, dado que una de las antiguas ansias del hombre ha sido poder volar, y no son pocos los textos de las civilizaciones y culturas de la antigüedad que, en tono velado o abierto, dan noticia de aquellos seres que recorrieron el espacio valiéndose entonces de una energía que desconocemos, magia del color, magia de las serpientes vo-

ladoras, magia de la flecha, magia de las escaleras al sol, la escalera 13, que en el décimotercer escalón impulsaba los pies del hombre que se lanzaba hacia los astros.

¿Qué tienen los globos de ángeles, de ángeles-elfantes? Allí van, es un rebaño de ángeles-elfantes de colores, al impulso del viento que sopla favorablemente. Se desplazan. Se siguen. Se alcanzan. Alguno se desvía. Los más grandes, 23 metros de alto y 15 de diámetro. Y los chicos. Y los más chicos. Ganan el horizonte. Se pierden.

Evadirse de la tierra ha sido el afán del hombre, ayer en globo, hoy en las cápsulas Apolo. El espacio. La ebriedad del espacio, como la ebriedad de la velocidad. Y más ahora que se huye de las ciudades contaminadas. Deporte y paseo por los altos del cielo para respirar mejor. Podría ser esta la explicación de la vuelta de los globos aerostáticos.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

DESPUES DE FIESTAS LAS ULTIMAS CEREMONIAS

LO he podido oír más de una vez, estos días.

Y no hacía falta precisamente de la nostalgia influyese en la constatación. El comentario es éste: las fiestas pierden «carácter». Si bien se mira, lo están perdiendo a la carrera, y dentro de poco, de seguir las cosas como iban, ya no quedará ni rastro de lo que fueron. Quizá las fechas de la Navidad se presten de manera particular a observarlo. Nuestras sociedades son, al fin y al cabo, «cristianas», y la celebración del nacimiento del Cristo ha conservado en ellas, a través de los siglos, y de sus cismas y sus herejías, incluso a través de la ofensiva cáustica de los incrédulos, una vigencia unánime. La Navidad era la «fiesta» por excelencia. Ahora asistimos a su desmantelamiento. No sólo me refiero a la posibilidad de que se hayan vaciado de sentido religioso: del sentido religioso estricto que tuvieron en su origen. Eso, de entrada, sería importante. Pienso, sin embargo, en otro vacío más profundo, o, si se quiere, más «formal»: lo que hace crisis es, exactamente, la noción misma de la «fiesta». Lo cual se repite en muchos otros momentos del calendario, a los que la tradición atribuía un grado mayor o menor de solemnidad colectiva. Porque, en última instancia, las «fiestas» nunca fueron simples jornadas de asueto o de jolgorio, que es lo que hoy tienden a ser en exclusiva. Eran mucho más que eso: «ceremonia».

Ceremonia o rito: un acto de coincidencia comunitaria, circunstancialmente fijado en sus fórmulas o formalismos, cuyo desarrollo permite a la gente imaginarse participando en una presunción emotiva de arraigo vital. Improvisos sobre la marcha esta definición, y probablemente no me ha salido ni demasiado perfecta ni exenta de impurezas pedantes. Pero por ahí van los tiros. Las «liturgias», desde luego, comienzan por los trámites de la religión, pero saltan a la calle, a menudo sin desprenderse de la motivación in-

cial, y acaban secularizándose, sin contar con que suscitan réplicas ya resueltamente laicas, no menos importantes que las otras. ¿Qué son, sino rito o ceremonia, los «uniformes», por ejemplo? La toga del magistrado, el birrete del catedrático, el fajín del general, los ornamentos del obispo, el chaqué del diplomático, están en función de relaciones específicas de contacto humano, en las cuales no sólo se distingue un tipo determinado de jerarquía, pero más aún se concentra una fascinación de grupo. Añadamos, para alargar los ejemplos, las sutilezas del protocolo, los tramientos, los himnos, las banderas, los emblemas, las recitaciones de ensalmos... En una proyección popular, las derivaciones llegan a extremos prodigiosos, aunque no siempre valorados en su justa entidad. Sin ir más lejos, la cocina doméstica adecuaba sus piropeas más insignes al ritmo de las «liturgias» heredadas. Y la indumentaria. Y numerosos detalles de afabilidad familiar.

Recordemos lo que era, antaño, el domingo: lo que aún es el domingo entre las zonas sociales menos contagiadas por los electrodomésticos. La comida, el vestido, la piedad, el ocio, venían aparatadamente estimulados por el precepto eclesiástico. Que, en realidad, no lo decidía todo. Prácticamente, la «fiesta» cobraba autonomía en su propia consistencia de fiesta, y al final, ni siquiera hacía falta acudir a los oficios de la iglesia. Las rutinas agrarias y menestrales se regían por estas consecuencias. Y no sólo ellas. «Dominguero» y «endomingado» son adjetivos castellanos con un dejo de reticencia, despectivo, que, de algún modo, sirven para subrayar, «a contrario sensu», la penetrante eficacia de las «ceremonias». En catalán, «mu dar-se», que sería su literalidad, sino enfundarse las piezas más preciosas de que se dispone. «Anar mudat» es ir de gala. Y el «cambio» de indumentaria se coordinaba con el régimen de fiestas, empezando por los domin-

gos... El domingo no era —lo era y no lo era— una mera vacación periódica. Venía lleno de «fiesta»: de ritos, de ceremonias. Hasta la idea de «descanso» iba vinculada al día séptimo del Génesis, en que Dios, metafóricamente, «descansó». Cuando las amas de casa ponían al fuego una olla excepcional, según sus recursos, conferían al domingo un plus de «pathos». De emoción. Los chicos tramaban ese día sus noviazgos: era el día del baile. Etcétera.

A las fiestas sagradas siguieron las profanas. El proceso de sustitución obedecía a los avatares de la historia, y no me detendré en explicarlos: saltan a la vista. Durante la Revolución Francesa, alguien —que no se chupaba el dedo— se sacó de la manga la Fiesta de la Diosa Razón. Fue como una procesión del Corpus, pero volteriana. Si se le ocurrió al Incorruptible o a cualquier jacobino secundario, no sabría decirlo ahora. Lo que importa es la suplantación de la «fiesta»: la perduración de la «fiesta» con otro contenido. El fracaso del espectáculo robesperriano no altera el planteamiento de la cuestión. Poco a poco, en todas partes, proliferaron las «fiestas nacionales». La Toma de la Bastilla o el Dos de Mayo, o lo que sea, con paradas castrenses o discursos campanudos, cumplían lo suyo. Lo mismo el Primero de Mayo del proletariado más o menos militante. Continuaba en todo ello la concepción «litúrgica» de la fiesta. En vez del «Te Deum» o el «Veni Creator», se entonaba «La Marsellesa», «La Internacional» o cualquier otro gregoriano coreable. No olvidemos que las últimas tentativas de inventar «fiestas» —ritos— proceden de Stalin, de Hitler, de Mussolini, de enfoques similares. Dieron resultado, por supuesto. Pero de eso hace muchos años. Una evidencia irrefutable es que las «fiestas» políticas van de capa caída. Tal vez, entre otras razones, porque no alcanzaron a apoderarse del hogar: del

fogón, y, por tanto, de la olla. La Navidad les llevaba esta ventaja milenaria.

Las premisas de la «fiesta» se están evaporando. Para bien o para mal, que lo ignoro, y a quien San Juan se la dé San Pedro se la bendiga. Ya se lo apañarán. Pero se diluyen. El rito, la ceremonia, la liturgia, no encuentra, a estas alturas, una viabilidad razonable. Ni a nivel de cocina. Los memorables legados de la gastronomía folklórica se derrumban ante los productos de envase o congelación, y, sobre todo, ante los precios insignes de las materias primas ancestrales. He leído en los periódicos que se ha desencadenado un boicot mesocrático contra el turrón, por aquello de las tarifas. Es lógico, y, de rechazo, es un drama «sociológico»: hiere de frente a la inercia de la «fiesta». Es una anécdota digna de ser retenida. Pero hay más, mucho más. Las opciones de diversión y de desentumecimientos físico e intelectual se han sobrepujado a los residuos canónicos. Un matrimonio tiernamente burocrático, con un seiscientos pagado a plazos, huye de la «fiesta» cuando la fiesta se abre. La excursión, de ser «dominguera», salta a «week-end»: el anglicismo representa una incordiosa rectificación de las tradiciones... Una Navidad con villancicos de disco, con pesebes de plástico, con mesas mal servidas por los supermercados, deja de ser una «fiesta». Y dejo a un lado el asunto —vidrioso— de la Misa del Gallo... Las «fiestas» —éstas u otras— pierden «carácter»: su connotación de rito. Solamente persiste la «nada» laboral, es decir, el «far niente», sea «dolce» o no. El aburrimiento, en definitiva. La «fiesta» era todo lo opuesto al tedio. Lo que no puede postularse de las «vacaciones»: la vacación, el vacío, la vacuidad, ¿qué será, si falla eso que hemos convenido en llamar «energía»?... Descarta la nostalgia, y apunto a la «contradicción»...

Juan FUSTER

MARTES
DIA 8
PRIMER DIA

de las sensacionales rebajas en las secciones de TEJIDOS y BOUTIQUE vestidos, sueters, bolsos, etc.

Santabulalia

PASEO DE GRACIA, 60

Con el fin de preparar esta gran rebaja de precios, mañana tendremos cerrado

cargador de baterías

FERVE F-104

LA FORMA MAS COMODA DE CARGAR LA BATERIA DE SU COCHE

TRACTOR, FUERA BORDA, TELEVISOR PORTATIL Y COMO ALIMENTADOR DE SU PISTA «EXCALETRIC»

DISEÑO ESPECIALMENTE PARA SU HOGAR.

SÓLO 1.295 ptas.

CARGADOR DE BATERIAS BATTERY CHARGER FERVE F-104

AMPERES 0 1 2 3 4 5

6V 12V

6/12 V a 4A
DIMENSION 125/220 V
150 x 90 x 120 mm. 2,2 Kg.
PROTECCION AUTOMATICA

Ruego me envíen información gratuita FERVE - Apartado, 7 - VENDRELL (Tarragona)

NOMBRE _____

DIRECCION _____

POBLACION _____